

## APROXIMACIÓN A LAS REPERCUSIONES EN FILIPINAS DE LA INTERVENCIÓN ESTADOUNIDENSE

CARLOS A. FONT GAVIRA

### Abstract

Después de expulsar a España de las islas Filipinas tras la guerra de 1898, los EE.UU. mostraron su verdadera faz y ahogaron en sangre los deseos de independencia de los filipinos. En un principio las promesas de libertad e independencia que pregonaron los estadounidenses fueron creídas pero muy pronto se reveló una nueva dominación colonial. Ésta es la historia de la primera guerra de liberación nacional del siglo XX. Un conflicto ocultado por algunos, no suficientemente tratado por otros y desconocido para la mayoría.

### I.

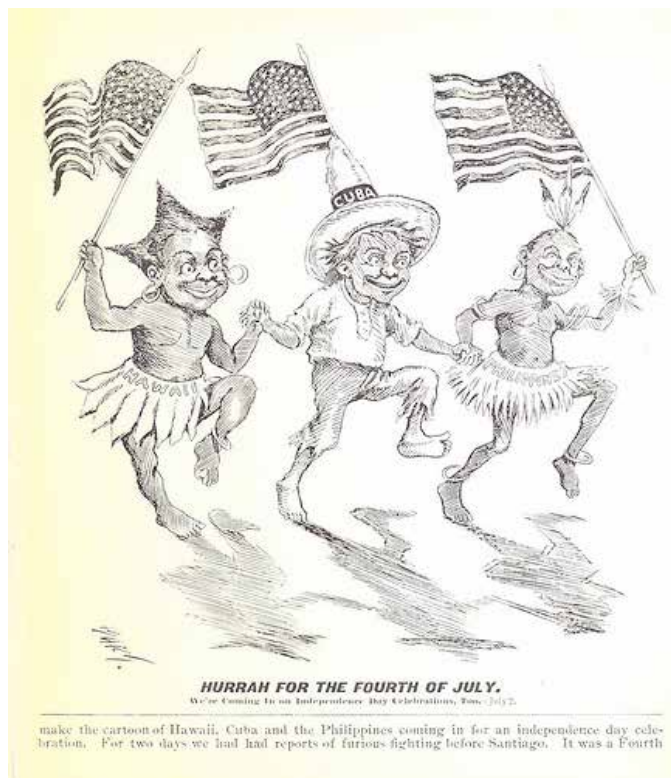
Existe desacuerdo por definir al conflicto que sucedió, después de la derrota española de 1898, entre las tropas de invasión estadounidenses y los revolucionarios filipinos. Tradicionalmente se ha utilizado el término de “insurrección filipina”, que es como lo denominaron en un principio las autoridades militares de EE.UU. No es el término más correcto puesto que el conflicto fue más allá de una sublevación o rebeldía momentánea frente a los nuevos invasores. Estamos hablando claramente de una guerra abierta. En los tiempos actuales ya se maneja el término de “guerra filipino-estadounidense”, la primera guerra de liberación nacional del siglo XX. Por acotar unas fechas el conflicto bélico desarrollado entre Filipinas y el ejército invasor de EEUU se prolongó desde el 4 de febrero de 1899 hasta el 16 de abril de 1902. Una guerra que destacó por su intensidad y ferocidad y por la apariencia de genocidio que anticipó los horrores de la guerra de Vietnam de varias décadas más tarde.



Desembarco de soldados estadounidenses en Mindanao en el verano de 1898.

*¿El pueblo de Filipinas no preferiría acaso el gobierno justo, humano y civilizador de esta República, a la regla salvaje y sanguinaria de saqueos y extorsión de la cual los hemos rescatado?*  
(Albert J. Beveridge)

El gobierno estadounidense había asegurado a los rebeldes filipinos que su único interés residía en derrotar a España, a la cual acusaban de los peores crímenes y actuaciones, mientras que ellos cumplían su papel de “libertadores de los pueblos”. Hay que tener en cuenta que el interés supremo de los EE.UU. en la guerra contra España era Cuba y el área del Caribe, nunca pensaron que la victoria se ofrecería tan contundentemente en el Pacífico. Así pues, se vieron de pronto con el dominio de las Filipinas y de algunas islas del Pacífico que habían estado bajo soberanía española, como la isla de Guam. El gobierno estadounidense, y el presidente McKinley a la cabeza, no tenían muy claro qué hacer con las islas, incluso se duda que supieran situarlas en el mapa. De la idea difusa y poco concreta que tenían de las Filipinas en la Casa Blanca es prueba que el 7 de noviembre de 1900, EE.UU. compró por 100.000 dólares las islas de Sibutú y Cagayán de Joló, que los comisionados estadounidenses no incluyeron en el Tratado de París de 1898.



Alegoría sobre la incorporación a los EE.UU. de Hawái, Cuba y Filipinas

El presidente McKinley tenía que elaborar un discurso para definir la actuación de sus soldados allí, que justificara su permanencia, puesto que los españoles, los enemigos a batir, ya habían sido derrotados. Con bastante retórica y paternalismo el presidente estadounidense difundió la siguiente proclama:

...debe ser el deseo encarecido y la mira primordial de la Administración militar ganarse la confianza, el respeto y el afecto de los habitantes de Filipinas, asegurándoles por todos los medios posibles aquella medida colmada de derechos y libertades individuales que son el legado de los hombres libres...

Tras este discurso tan ético, se escondía otras intenciones que muy pronto se iban a mostrar en suelo filipino.

Los que sí tenían una idea muy clara de los intereses estadounidenses y por dónde tenía que ir dirigida la política exterior de los EE.UU. eran los círculos imperialistas congregados en grupos industriales, comerciales y empresariales. Albert J. Beveridge declaró lo siguiente sobre el interés de permanecer en Filipinas:

Las riquezas de las Filipinas apenas han sido tocadas por los métodos modernos. Producen lo que consumimos y consumen lo que producimos: la misma predestinación de la reciprocidad, una reciprocidad que no se hace con las manos, sino que es eterna en los cielos. Venden cáñamo, azúcar, cocos, frutas tropicales, maderas preciosas como la caoba; compran harina, ropa, herramientas, maquinaria y todo lo que podamos cultivar y producir.

Y de una manera más taxativa y rotunda sentencia lo siguiente: “*Su comercio será nuestro en el futuro*”.

Así pues, los discursos bienintencionados sólo servían de pretexto dulcificado de los intereses comerciales y económicos que eran los que instigaban al gobierno estadounidense a permanecer en el archipiélago filipino. Una nueva dominación se avecinaba a los filipinos. McKinley habló de “*que la misión de los Estados Unidos es una misión de Asimilación Benévola*”, con lo que los deseos de independencia nacional y libertad para el pueblo por los que habían luchado Rizal, Aguinaldo y otros, quedaron en suspenso. McKinley explicaría, también, que “*los filipinos eran incapaces de auto gobernarse*”, y que Dios le había indicado que no podían hacer otra cosa más que “*educarlos y cristianizarlos*”, a pesar de que las Filipinas ya habían sido cristianizadas por los españoles a lo largo de varios siglos.

## II.

Mientras los estadounidenses hacían su política, los filipinos hacían la suya. Los filipinos, que ya habían declarado la independencia el 12 de junio de 1898, constituyeron provisionalmente un gobierno revolucionario para atender el esfuerzo de guerra y el 1 de enero de 1899, Emilio Aguinaldo fue declarado primer presidente. Más tarde organizó un congreso en Malolos, Bulacán, para redactar una constitución. Las tensiones entre los soldados filipinos y estadounidenses en las islas surgieron debido a los movimientos por la independencia, contrarios a la nueva colonización que se avecinaba, agravado por la presencia de más de 20.000 soldados de EE.UU. en las islas. El 23 de enero, como respuesta a los intentos asimilacionistas del gobierno estadounidense, los filipinos proclamaron la I República de Filipinas, la cual nació herida de muerte, pues no tuvo reconocimiento internacional por parte de ningún país. De haber triunfado, hubiera sido nada más y menos que el primer país asiático independiente tras la colonización. Por desgracia a principios de siglo XX no soplaban vientos de emancipación sino de dominación. Las hostilidades comenzaron el 4 de febrero de 1899, cuando un soldado estadounidense disparó a un soldado filipino que estaba atravesando un puente en el territorio estadounidense ocupado de San Juan del Monte; un incidente que los historiadores consideran el inicio de la guerra.

La administración del presidente estadounidense McKinley jamás emitió una declaración de guerra. El gobierno estadounidense pensaba que declarando la guerra, la

insurrección filipina parecería una rebelión contra un gobierno legal, aunque la única parte de Filipinas bajo control estadounidense era Manila. Emilio Aguinaldo, uno de los próceres de la lucha contra los españoles y abanderado de la independencia filipina, fue tachado por los estadounidenses como “bandido fugitivo”. De esta manera se señalaba claramente al nuevo enemigo a vencer. Posteriormente, muchos años después, Emilio Aguinaldo, ante la pregunta del periodista filipino Guillermo Gómez Rivera sobre si se arrepentía de algo de su vida declaró:

Sí. Estoy arrepentido en buena parte por haberme levantado contra España y, es por eso, que cuando se celebraron los funerales en Manila del Rey Alfonso de España, yo me presenté en la catedral para sorpresa de los españoles. Y me preguntaron por qué había venido a los funerales del Rey de España en contra del cual me alcé en rebelión... Y les dije que sigue siendo mi Rey porque bajo España siempre fuimos súbditos, o ciudadanos, españoles pero que ahora, bajo los Estados Unidos, somos tan solo un Mercado de consumidores de sus exportaciones, cuando no parias, porque nunca nos han hecho ciudadanos de ningún estado de Estados Unidos... Y los españoles me abrieron paso y me trataron como su hermano en aquel día tan significativo...”.

Los historiadores han entablado numerosos debates para definir esta situación de guerra abierta pero no declarada entre los filipinos y el ejército y administración de los EE.UU. Algunos lo consideraron una rebelión filipina, pasando por quienes reconocen que el conflicto fue una guerra en toda regla, hasta los que, en base a los resultados del conflicto, llaman a estos sucesos el «genocidio filipino». En efecto, los norteamericanos aplastaron sin contemplaciones el levantamiento filipino, causando innumerables daños a la población civil filipina. En uno de los más vergonzosos episodios de esta sangrienta represión, el general Jacob Smith llegó a ordenar la ejecución de cualquier filipino mayor de diez años. La quema de aldeas, la tortura y las violaciones por parte del ejército estadounidense también fueron abundantes. Estados Unidos practicó la tortura de las llamadas “curas de agua” que obligaban al prisionero a ingerir cantidades ingentes de líquido, produciéndose muchas veces la muerte por colapso.

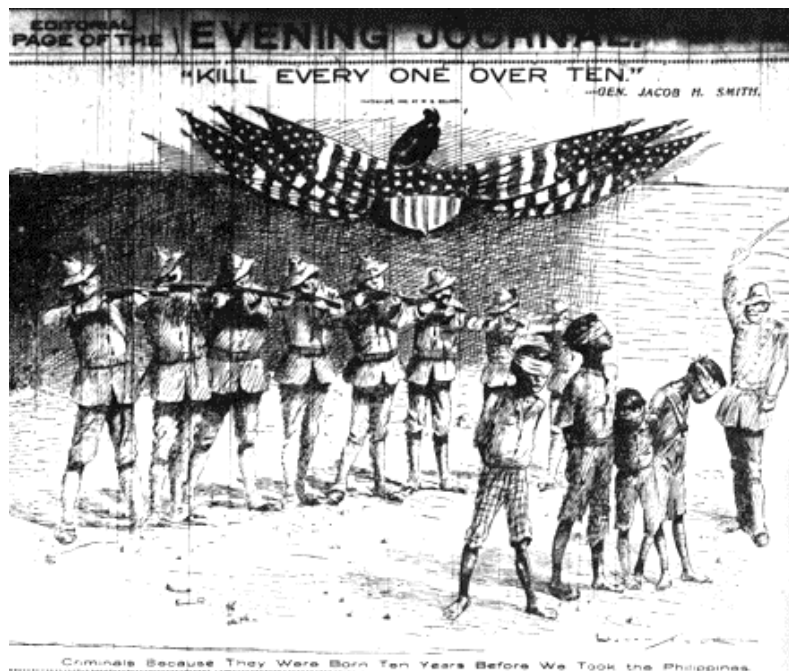
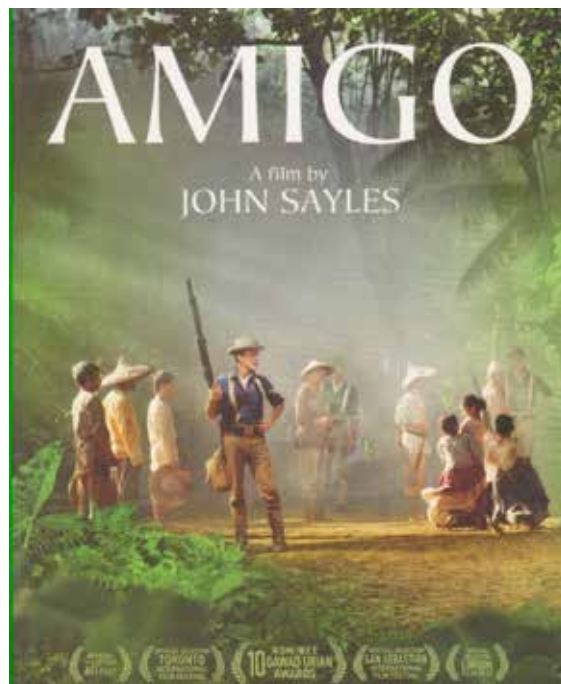


Imagen de prensa mostrando la orden dada por el General Smith

“Matad a los mayores de diez” publicada en el *New York Journal*, en 1902.

Muchos de los soldados estadounidenses empleados en esta guerra eran veteranos de otras campañas militares como la revuelta de los Boxer en China y de Cuba. Estos soldados no solían hacer prisioneros y utilizaron métodos brutales con tintes genocidas para llegar al exterminio de la población. Estos soldados cortaron el aprovisionamiento de agua potable a numerosas aldeas hostiles para rendirlas por sed y diezmarlas mediante la propagación de enfermedades. También arrasaron poblados enteros como hicieron con Balangiga, en la isla de Samar, “...que hemos dejado tan tranquila y pacífica como un cementerio”. Estos soldados también atacaron a los medios de subsistencia de los filipinos, e igual que hicieron en Norteamérica con los bisontes respecto a los indios, en Filipinas exterminaron a la mayor parte de los carabaos, para condenar a la población a la inanición. Por aportar un dato escalofriante; al sur de Manila, en la provincia de Batangas, en 1896 se contabilizaban unos 40.000 habitantes y 19.500 hectáreas de cultivos; en 1900 tan sólo habían sobrevivido 11.560 y 632, respectivamente.

El público estadounidense tan acostumbrado a ver en la filmografía títulos sobre las guerras en las que ha intervenido su ejército (Segunda Guerra Mundial, Vietnam, Irak...) no encuentra un solo título que se haga eco de esta guerra implacable en suelo filipino llevada a cabo por sus soldados. En este desierto cinematográfico cabe mencionar la excepción de la película *Amigo* (2010) del director John Sayles. La película se centra en Rafael Dacanay, cabeza del barrio de San Isidro, en una área arrocera de Luzón, Filipinas. Su hermano Simón, es jefe de la guerrilla local que ha expulsado a los españoles. Pronto llega una guarnición estadounidense al mando del Teniente Ike Compton para pacificar la zona y mantener la seguridad. La política de ocupación estadounidense evoluciona de “corazones y mentes” a “concentración” (lo que se denominó *hamletting* durante la guerra de Vietnam) y Rafael tiene que responder tanto ante los americanos como ante los patriotas filipinos, con consecuencias mortales.



Portada de la película *Amigo* (2010), dirigida por John Sayles

El historiador norteamericano Paul A. Kramer señala que el comportamiento de las tropas norteamericanas provocó la indignación de los anti-imperialistas, quienes abiertamente denunciaron la quema de iglesias, la profanación de cementerios y la ejecución de prisioneros. Intelectuales como Mark Twain lanzó una protesta con la sugerencia de “*sustituir la bandera de Estados Unidos por la despiadada enseña negra de los piratas*”. No obstante, la mayoría de la opinión pública norteamericana, encauzada y enardecida por la prensa amarilla de William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer, estuvo a favor del expansionismo, apoyando la guerra y la anexión de los nuevos territorios. No es descabellado comparar esta situación con la que décadas después ocurrió en Vietnam. Los paralelismos son apabullantes: derrota de una potencia colonial europea (primero España, después Francia), protagonismo de los grupos nacionalistas asiáticos (primero los revolucionarios filipinos y después el Viet Minh) y, en ambos casos, los Estados Unidos irrumpen con fuerza en el escenario.

### III.

A la par que se desarrollaba la guerra militar, la guerra cultural también se extendía. Ésta es una guerra más sutil y perversa pero con propósitos perniciosos. El objetivo era erradicar todo lo que significara el legado hispano de las islas: religión, idioma, costumbres. Según Luciano de la Rosa, autor de *El Filipino: Origen y Connotación* (Manila, 1960):

Es de esperar que una enorme proporción de esas bajas sean filipinos de habla hispana ya que eran los de este habla los que mejor entendían los conceptos de independencia y libertad y los que escribieron obras en idioma español sobre dichas ideas.

Un verdadero genocidio cultural. La guerra de Estados Unidos contra los filipinos no sólo destruyó a la citada República de Filipinas, sino que forzó el idioma inglés sobre los habitantes como lengua vehicular y oficial menospreciando todo lo que supusiera la cultura y el legado español en las islas. Sobra decir que el hecho de someter a los habitantes al dominio del inglés no suponía como contrapartida hacerles ciudadanos de Estados Unidos, como ocurrió en Puerto Rico. El cónsul de Estados Unidos en Manila, O. F. Williams, en una comunicación al Secretario de Estado, Mr. Day, en la temprana fecha del 2 de julio de 1898 (aún no había finalizado la guerra contra España) sugirió las siguientes líneas de actuación respecto a la política lingüística:

Cada empresa norteamericana en cada uno de los cientos de puertos y populosos pueblos de las Filipinas será un centro comercial y escuela para nativos dóciles conducentes a un buen gobierno según el modelo, de Estados Unidos. El español o idioma nativo no es esencial. Con la expulsión de los españoles, sigue que nuestro idioma se adopte inmediatamente en los tribunales, puestos públicos, escuelas e iglesias nuevamente organizadas y que los nativos aprendan inglés.

El argumento que se adujo para justificar la imposición del inglés en forma abusiva desde el comienzo de las operaciones militares el 4 de febrero de 1899 fue que el español era muy poco conocido y no era una lengua común en las Filipinas. Por lo tanto surgía la conclusión de que la conversión de la gente filipina en angloparlantes empezaría desde cero, ya que no había ni una lengua europea ni un idioma nativo que se

opusiera a la imposición del inglés como idioma oficial y lengua de comunicación. Es cierto que en todos los siglos de dominio español sobre las Filipinas no estuvo muy extendido el uso y difusión de la lengua española pues estaba circunscrita a las élites políticas, económicas y culturales de Manila pero, también es justo reconocer, que no era una lengua extraña y sin implantación. Creo que la prueba más relevante de la utilización del español como lengua de prestigio fue que las proclamas independentistas filipinas fueran hechas en español y no en otro idioma.

De hecho, a miles de kilómetros de distancia del escenario de guerra, en Madrid, se publicó un periódico en lengua española que dio voz a los que defendían la independencia de Filipinas y denunciaban la agresión estadounidense. Nos referimos a *Filipinas ante Europa*. Era un periódico quincenal que comenzó a publicarse en Madrid a partir del 25 de octubre de 1899, tras la ocupación militar de la excolonia española por parte de Estados Unidos. Su lema será “Contra Norte-América, no; contra el imperialismo, sí, hasta la muerte”. Como es de suponer la circulación del periódico fue prohibida por los norteamericanos en Filipinas. Sus editoriales eran bastante agresivos y directos pero reflejan la tremenda frustración de confiar (en EE.UU.) como sus valedores y verse tan vilmente traicionados. Para más ironía, el periódico se publicaba y editaba en la capital de la antigua potencia colonial a la que habían combatido tan ferozmente. Extraemos algunos ejemplos:

El buitre americano, esa moderna ave de rapiña, terror de la Europa y del Universo entero, ha osado descaradamente sentar su garra en el sacro solar filipino [...] Por eso en jamás de los jamases depondremos la armas, hasta que Mr. Mac Kinley reconozca nuestra personalidad para gobernar nuestra propia casa.

El 28 de marzo de 1901, Emilio Aguinaldo y Famy, primer presidente de Filipinas, fue capturado por fuerzas de los Estados Unidos. La lucha de guerrillas continuó: el 5 de septiembre de 1903 fue capturado Simeón Ola. Macario Sacay asumió la presidencia filipina tras la captura y arresto domiciliario del Presidente Aguinaldo, pero el 17 de julio de 1906 fue engañado mediante políticos filipinos con una falsa oferta de amnistía y la promesa de un puesto en la proyectada Asamblea Nacional. El que fuera segundo presidente de la República de Filipinas fue ahorcado por los militares estadounidenses en 1907.

Al hablar de cifras siempre hay que ser cuidados pero un consenso general aporta la cifra de 20.000 militares filipinos y 4.234 estadounidenses muertos en la contienda. El número de civiles filipinos que perecieron como consecuencia directa de los enfrentamientos sobrepasó el millón de personas, más del 10% de la población (para una población que en 1899 rondaría los nueve millones).

Filipinas vio abortada su independencia, por la que tanto había luchado, cuando su supuesto aliado reveló su traición. La guerra para los filipinos fue algo dolorosamente frustrante pues sólo sirvió para sustituir una potencia colonial por otra. A partir de entonces se inicia una era de dominación estadounidense teniendo los filipinos el dudoso privilegio de ser unos de los primeros pueblos en padecerlo.

## Referencias

MOLINA, Antonio, *Historia de Filipinas*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1984.

TAN, Samuel, *The Filipino-American War, 1899-1913*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 2002.

WOLFF, Leon, *Little Brown brother. How the United States purchased and pacified the Philipipines*, Singapur, Oxford University Press, 1991.